

# *...sIN aPENAS cUERPO*

*(Memorias de un autista)*



Rodrigo Osset





SIN APENAS CUERPO  
(MEMORIAS DE UN AUTISTA)  
NOVELA



RODRIGO OSSET

SIN APENAS CUERPO

(MEMORIAS DE UN AUTISTA)

NOVELA



JILOTEPEC MEXICO JULIO 2008

SIN APENAS CUERPO  
(MEMORIAS DE UN AUTISTA)

NOVELA

© RODRIGO OSSET

© Editorial: Vision Libros

Avenida de Asturias S/N Impares local 5

Semiesquina a Plaza Castilla 3 28029 Madrid (España)

Tel: 0034 91 3117696 url: [www.visionlibros.com](http://www.visionlibros.com)

ISBN: 978-84-9886-282-9

Depósito legal: M-

Diseño base cubierta: © Marián González  
[reflejandoelazul@visionnet.es](mailto:reflejandoelazul@visionnet.es)

Maquetación: © Magda C. Vargas Del Valle  
[magdac\\_vargas@visionnet.es](mailto:magdac_vargas@visionnet.es)

Producido por Liber Factory. C/ Cuatro Amigos 5 Post.  
28029 Madrid (España) [produccion@liberfactory.com](mailto:produccion@liberfactory.com)

Vision Libros, en su deseo de mejorar sus publicaciones agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan:  
[sugerencia@visionlibros.com](mailto:sugerencia@visionlibros.com)

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni registrada, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

Para Rosa Mary mi esposa y  
compañera que se emociona porque escribo una novela.

Y para mis hijos Sylvia, Maaïke,  
Pablo Rodrigo, Joel Ángel y Carlos Daniel

Con amor.





## ÍNDICE

|                                  |     |
|----------------------------------|-----|
| PRÓLOGO . . . . .                | 11  |
| INTRODUCCIÓN . . . . .           | 15  |
| PRIMERA PARTE    BERNI . . . . . | 21  |
| SEGUNDA PARTE    OBOTE . . . . . | 71  |
| TERCERA PARTE    LUCIA . . . . . | 145 |
| EPÍLOGO . . . . .                | 255 |





## PRÓLOGO

Esta novela es sólo eso, una novela y, por lo tanto, pura invención de mi fantasía, quizás calenturienta, quizás no tanto pero de todas formas, una ficción. Responde, eso sí, a un interés casi innato por el misterio de la mente, entre otras cosas, porque la mía fue para mí durante más de la mitad de mi vida, un prodigio de desencantos, frustraciones y mayúsculas confusiones. Nada de lo que yo “veía” –no sé si en ella o con ella– encajaba con lo que los demás veían o interpretaban de la vida “real” de cada día. Lo que para mí era evidente y constituía la base natural de mis opiniones, era ininteligible y chocaba, como contra una pared de piedra, con las opiniones de mis interlocutores – otros niños cuando era niño, otros adolescentes cuando adolescente, otros adultos cuando adulto y, hasta hoy, con los de mi edad. Era como si a lo largo de mi vida, me hubiera movido en una banda sonora que no hacía sintonía con la de los demás humanos que hablaban mi mismo idioma. O yo era un extraterrestre. O mis palabras se convertían en sonidos interferidos por bandas magnéticas, irreconocibles. Así que nunca pude tener razón. Y yo no podía hablar más que de lo que veía y como lo veía y comprendía. Sólo la realidad me daba la razón en más o menos tiempo cuando sucedía lo que yo sabía que tenía que suceder o la solución de algún problema era la que yo había “visto” y propuesto. Y para entonces, ¿qué importancia tenía? ¿Para qué me servía ya? Así empezó todo. Escribir algo sobre las cosas de la mente, quiero decir. Algunas. Algo, al menos.



Siempre me impresionaron las discapacidades mentales pero nunca me dediqué a ellas, no por falta de ganas o vocación sino porque las circunstancias de la vida me llevaron por derroteros inesperados que nada tenían que ver con aquellas. Pero las observaba y pensaba sobre ellas. De esas observaciones se fue asentando en mí la idea y luego la convicción de que su mente estaba en otro lado, en otra dimensión, incólume pero que por alguna razón, no se comunicaba con el cerebro biológico y todo el organismo, el cuerpo, pues, lo resentía. La inteligencia estaba mermada aunque debía de tener alguna actividad, imposible de conocer o adivinar hasta qué punto y de qué calidad. Pero se asomaba a los ojos de muchos de ellos. Una mirada llena de misterio, inquietante, muy parecida a la de un infante, inexpresiva pero inmensamente intensa. Y ella me hablaba de una inteligencia activa, inquisitiva, como si viera algo inesperado, secreto en la mente de quien la miraba. No podía expresarse por medio de los instrumentos biológicos normales pero estaba allí presente. Y yo me preguntaba qué habría en ella, qué pasaba por ella. Era verdaderamente intrigante. En ciertos casos específicos hasta sentía una afinidad con ellos, si analizaba mi propia mente y cómo trabajaba –o no trabajaba– mi inteligencia. Me parecía sólo una cuestión de grado la posible diferencia.

Bastante más tarde, cuando estudié sicología social y, mucho más tarde todavía cuando descubrí las “leyes” que rigen la “topología familiar”, como yo la llamo, encontré posibles nexos entre los problemas psicológicos de cada uno de los puestos en que cada uno de los miembros nacía, con la aparición de determinadas disfunciones o deficiencias mentales, aún de nacimiento. Eso, si no existían lesiones cerebrales comprobadas o evidencia de problemas genéticos confirmados. Si los había, eran caso aparte y ya no me ocupaba de ellos por parecerme irreversibles. Pero si no los había, me había ido convenciendo de que si se



cambiaban las condiciones del ambiente familiar, generalmente, de una alto grado de violencia intrafamiliar, podría ser posible alcanzar una mejoría significativa en el paciente, si no, casi una curación. Tanto la violencia verbal como la física, o ambas, podían determinar o provocar en alguno de los miembros de la familia algún tipo de síndrome mental, o de desajuste entre la mente y el cerebro biológico. Los hay de muy diversos tipos y grados de gravedad. La mente, en estos casos, se refugia en la dimensión que le es propia por naturaleza y rechaza de plano la realidad exterior por un miedo cervical que, en algunos casos, viene almacenado ya desde el útero, confirmado y experimentado luego en sus dos o tres primeros años de su vida, en carne propia.

Desgraciadamente, como digo, no pude ocuparme de ello científicamente por medio de investigaciones y experimentos desde el punto de vista puramente psicológico, como me hubiera gustado y se quedó todo así; como opiniones surgidas de la observación pero sin soporte científico alguno, es decir, como agua de borrajas. Mi vida y mi propia evolución que se tomó todo el tiempo del mundo, fue discurriendo por afluentes que fluían contra corriente y me llevaban más y más lejos de su desembocadura en el río principal. Cosas de la vida.

Bueno, pues todo este laberinto de pensamientos, deducciones e hipótesis constituye la materia prima de esta noveluca y en ella plasmo y desarrollo mis conjeturas como si me hubiera pasado la vida investigándolas y este fuese su resultado. Dándome a mí mismo la razón, claro.

Por lo demás, sólo conocí a un autista en mi vida y ya demasiado tarde, no hace tantos años. Lo traté muy poco. Tenía él diecisiete años cuando me pidieron que lo diagnosticara. Fue una experiencia verdaderamente reveladora para mí y me confirmó en la idea y conjetura, a título personal, desde luego, de que la violencia intrafamiliar juega



un papel importante en el, si no el origen, sí en la aparición y desarrollo de su estado. El inspira la razón y el punto de partida de esta obra, al menos de la primera parte de ella, pero nada tiene que ver con el personaje de la misma, por supuesto. Todo lo demás, es simplemente “wishful thinking”, algo así como soñar despierto o pensar lo que se desea. Una golondrina no hace verano, claro está. No he estado jamás en un hospital y mucho menos, en uno siquiátrico. El Dr. Obote es negro porque viví un año en Nigeria y me fascinó la filosofía especial que el negro tiene de la vida, tan simple como profunda y práctica y además, porque, más y más, va siendo un lugar común encontrarlos en puestos relevantes en muchos hospitales del mundo. Y, desde luego, en mi vida me encontré con una mujer como Lucía. Mucho hay de lo que he aprendido y descubierto en mi consultorio y, lo que queda, envolviéndolo todo, es un reflejo de la vida diaria en estos tiempos nuestros, tan decadentes en un montón de aspectos, de mis viajes y de mis contemplaciones.

Así que cualquier parecido con personas, lugares o tiempos concretos y reales, es una alucinación de la mente. Todo esto está difuminado, en la novela porque todo ello: personas, lugares, espacios y tiempos están confusos en la experiencia de un autista.... Hasta que deja de serlo... Aquí... En esta novela.

El Xhoté, 14 de Septiembre del 2008  
Méjico



## INTRODUCCIÓN

Estoy en un lugar pequeño y húmedo – porque pequeño soy yo y parece hecho a mi medida – flotando en algo tibio, no, flotando no, inmerso como un pez en el agua, en ese algo tibio que me envuelve, ondulante y mecedor que me acuna, quiero decir, sin descanso. Estoy encerrado por todos lados como la crisálida en su capullo de hebras de seda apelmazadas. Pero con agua dentro y yo dentro de ella. Tengo los ojos cerrados porque no los puedo abrir. No se quién o qué soy ni dónde estoy ni qué hago aquí ni qué significa todo esto. Sólo existe esa líquida tibieza en la que me muevo, todo oscuro en derredor mío, en silencio aunque no siempre.– Pero al mismo tiempo esta espelunca mía, ese capullo que me encierra, debe de estar dentro de algo más grande que también se mueve y lo trasporta conmigo dentro, a todas horas, siempre, como si formara parte de otro ser, inseparable. Y es verdad porque de mi panza sale una especie de cordón atado a una de las paredes de mi encierro.

Esto que me lleva y en lo que estoy metido casi nunca está quieto, va de aquí para allá, se para, no sé que hace con tanta fuerza que todo mi pequeño entorno se bambolea. Luego, se encoge muchas veces y yo siento que me doblo con ello, que me oprime y me arruga hasta hundirse mi cabeza entre mis piernas. ¿Creerá que aquí dentro no se siente nada?. De repente va a alguna porte muy de prisa, parece que me llevan en volandas, y oigo su pisar tac tac, tac tac, tac tac que agita el líquido que me envuelve, y a mí con él y hace trepidar mi espacio. Pero hay pau-



sas entre tanto movimiento, nada se mueve entonces y una tibia paz, tranquila y agradable, parece que se asienta en mi espelunca anegándola como rocío. No puedo abrir los ojos, mis párpados parecen persianas clavadas en el marco inferior de las ventanas y no hay modo de abrirlas. Solo el tacto me hace saber un poco dónde estoy y cómo es y el oído, lo que pasa al otro lado de mis paredes.

Desde hace poco me doy cuenta de que este espacio mío se ha ido haciendo más y más pequeño porque mis pies y mis rodillas chocan con más facilidad contra esas paredes firmes pero blandas y que ceden un poco si presiono contra ellas, son elásticas. Me gusta hacerlo, presionar mis paredes porque algo roza entonces mi rodilla o pie desde fuera, los acaricia y un susurro como de viento entre las hojas que no entiendo llega a mi pequeño encierro y penetra en mi cerebro. También esto se siente rico, apacible y doy saltos contra las paredes que me encierran.

Sin embargo algo pasa ahí fuera que me espanta. Muchas veces, demasiadas, algo golpea violentamente eso que me lleva dentro, grandes golpes que llegan hasta mi encierro pues siento cómo partes de esas paredes se abalanzan a cada golpe sobre mí para volver a retirarse de inmediato. De pronto mi vehículo, por llamarlo de alguna manera, parece que vuela, que deja el piso momentáneamente. Yo siento cómo todo flota por un instante y al otro instante choca contra algo muy duro y aterriza cuan largo es en el firme. O rueda por ese firme como si lo enrollasen en una alfombra. Ahí voy yo con ello, a veces de cabeza, a veces como bola de nieve ladera abajo o una ola enroscándose sobre sí misma. Tan duros son los golpes. Me mareo, me sacuden, me zarandean contra los muretes de mi encierro, chocando aquí, chocando allá, con la cabeza, con la nariz, con todo el cuerpo. Se desbaratan mis brazos y mis piernas y saltan hacia todas partes como si quisieran soltarse del cuerpo y mi cabeza se sacude hacia todos



lados amagando con zafarse del cuello. Todo duele. A cada golpe se me va el aliento por el susto que se queda en mí mientras dura ese estado de violencia despiadada. La negrura invade por dentro mi cabeza por el repentino sobresalto que conlleva cada golpe, cada grito aterrador que lo acompaña. Todo se pasma en mí, me siento como muerto, hecho un nudo con mis manos, mi cabeza y mis pies. Son gritos estridentes, de terror o de locura, de dolor final y yo me siento muy mal. La calma vuelve cuando se oye un golpe seco y tremendo que se lleva la voz más alta, más potente, más furiosa, más violenta. Solo queda un susurro tembloroso que recorre todo el cuerpo que me lleva, un susurro entrecortado por constantes sacudidas. Luego se serena poco a poco pero deja mi entorno todo impregnado en una espantosa, penetrante e íntima tristeza y desolación que me cierra la garganta subiendo desde el centro de mi vientre y sabe amargo. Muy amargo. Sólo puedo consolarme llevándome a la boca el dedo gordo y suave que sale de mi mano.

Pero entreveradas con todo eso y como trasfondo, sobre todo durante las actividades de ese ser en el que vivo y crezco, suenan sin descanso, músicas, melodías, a veces tiernas, a veces turbulentas con gran aparato de instrumentos: trombones, trompas, timbales, y trompetas, estas y aquellas, producidas por violas, arpas, violines, violonchelos y el piano que hace mis delicias. En esos momentos se ilumina la negrura de mi encierro, mi ser se apacigua y se trasporta a regiones blancas no del todo desconocidas pero escondidas bajo la confusión que hay en mi cerebro por tantos ruidos, miedos, golpes y silencios. Parece que fuera otra vida en la que hubiera estado donde todo era como esa música y nada más había que quietud inmensa y nadie más que uno abarcándolo todo con su ser difuso. Cuando llegaba el espanto trataba con todas mis fuerzas de refugiarme en aquellas melodías del



universo y dejarme llevar por ellas hasta aquella paz o dejarme penetrar en ellas y mecer por los movimientos y ritmos entrelazados en una armonía indescriptible, subyugante.

Pero ¡qué pedante soy! Usar tanto adjetivo grandilocuente para expresar las cosas, las buenas y las malas es buena prueba de ello. Pero cuando uno es pequeño, frágil y vulnerable todo se siente magnificado, inmenso, formidable, aterrador. Luego, cuando uno ha crecido mucho y se ha hecho lo bastante viejo, todo eso mismo se ve y se siente tan pequeño que una simple palabreja, aún sin adjetivos, sirve para decir lo mismo. Pero tengo que ser fiel a mis memorias.

Algo más, si no todo, sigue cambiando a marchas forzadas en mi capullo de agua. Ya no puedo moverme en él ni llevarme el dedo a la boca. Soy más grande, o debo de serlo, porque mi espelunca me aprieta por todos los costados como un zapato tan hecho a la medida que abraza el pie con precisión milimétrica sin dejar un resquicio sin presionar. Parece que ya no quepo en mi encierro, no floto en el agua sino que estoy prisionero en ella. Las paredes que antes pateaba están encima de mi, avanzan sobre mi para estrujarme, incontenibles y... tengo miedo. Si tuviera más espacio temblaría de pies a cabeza.

De pronto todo da un vuelco, como el corazón frente a un susto repentino, inesperado. Algo me empuja, unas fuerzas, unos golpes de las paredes, rítmicos pero contundentes como obligándome a dar una vuelta de campana en este espacio tan reducido. Y la doy, imaldita sea! Me encuentro sin previo aviso, de cabeza contra algo duro, ¿una pared de piedra irrompible, inamovible?. ¡Qué incómoda y molesta posición! Tengo más miedo todavía. El golpeteo rítmico que retumbaba en mi pecho a través de



mi barriga, tam ton, tam ton, tam ton y que tanta paz me daba y luego se unía a los míos propios, se hacen más rápidos y fuertes y ya no me gustan tanto. Al mismo tiempo fuerzas extrañas me impelen a apoyar los pies contra la pared de arriba, como un ariete, y presionar todo mi cuerpo hacia abajo y aplastan mi cabeza contra eso berroqueño como si tuviera que horadarlo y pasar a través de ello. ¡ Oh, ! y ahora me quedo sin mi agua. Se ha escapado como un río cuesta abajo, yo no se por dónde, mi agua. Ahora estoy en seco contra esas paredes amenazadoras que me constriñen más y más sin miramientos, inapelables, estrujándome inmisericordes contra la roca. Cada vez más de prisa, cada vez más violentas las fuerzas que las provocan e impulsan. Ah, y ahora la roca se abre un poquito. A cada presión de arriba se abre un poco más al empuje de mi pobre cabecita que se va encajando en esa grieta como queriendo abrirse paso. ¡Qué espanto! Como a golpe de martillo voy entrando, abriendo, quizás partiendo ese obstáculo que resulta ser duramente elástico y se sigue abriendo. Se oyen gritos espeluznantes a cada golpe, a cada milímetro que descendo a través de ese desfiladero tan correoso. Es tan angosto que también mi cabeza tiene que estrecharse para seguir pasando. Mis mejillas se juntan casi con la nariz. Y la boca se hace pico de flauta, Aquella es más blanda que esos acantilados y se acomoda. ¡Qué martirio, maldita sea! ¿Por qué tendré yo que pasar por aquí si no se puede, si duele y asfixia tanto? Se multiplican los gritos más y más desgarrados pero no son míos. ¿A quién le estará doliendo más que a mí? No tengo dónde refugiarme ni puedo defenderme. Si al menos no estuviera todo tan negro.

De improviso, un alarido, un fuerte empujón o martillazo y mi cabeza estaba fuera, libre de semejante suplicio. Una luz estridente estalla sobre mis ojos y aún cerrados los penetra. Tiran de mi cabeza, como a ternero de una



vaca, y salen mis hombros y el resto de mi pegado a ella. Todo yo estoy pegado a mi cabeza, ahora me doy cuenta. Risas. Voces. Gran dolor en el centro de mi vientre. Qué les hará tanta gracia. Ya podían estar en mi lugar a ver si se alegraban tanto. Tuve que halar aire y... rompí a llorar sin saber por qué. El frío envolvió mi ser como un abrigo de hielo, empecé a temblar y berridos incontenibles – estos sí eran míos – rasgaron el espacio iluminado donde todo esto sucedía. Algo suave y húmedo recorre mi cuerpo, mi cabeza, mi rostro, me meten no sé qué en mis narices. Me llevan en volandas de aquí para allá unas manos, otras manos... me envuelven en algo cálido y me dejan en los brazos, envuelto en trapos, de quien por tanto tiempo me llevó dentro de sí. El súbito calor que me envuelve evapora poco a poco mis temblores y berridos. Parece que estoy de nuevo en mi espelunca solo que ahora libre y en seco. De pronto desaparezco arrebatado por un inmenso hoyo negro y desaparezco.



---

---

PRIMERA PARTE

BERNI

---

---



# 1

De la nada en que me encuentro vuelvo repentinamente al sobresalto empedernido que me zarandeaba allá dentro. Hay un estruendo perverso por encima de mi cuerpo. Vuelvo a ser sacudido rabiosamente, rodamos por el suelo el brazo que me cobija y yo. Todo tiembla, se oyen golpes duros, inmensos, como de piedras gigantes cayendo desde el cielo o el cielo entero desmoronándose a pedazos. Chocan metales, saltan cristales reventados, chasquidos espeluznantes, estallidos como bombazos, gritos aterrados, voces al borde de la locura, aullidos inhumanos.... Nos levantan, nos deslizamos en algo a toda velocidad, salimos al aire, a la suave luz de un sol naciente oscurecida por una nube de polvo que cubre el cielo y nos va cayendo como una manta. El brazo de mi madre me aprieta contra sí hasta casi quitarme el aliento. Me susurra algo muy quedo y un rostro se abate sobre el mío para protegerlo. Siguen cayendo piedras, cascotes, vidrios aunque más pausadamente en derredor nuestro a lo largo de toda nuestra escapada. Yo estoy atenazado, agarrotado, convertido en espasmo de terror.

Como habría de saber mucho más tarde, nazco en medio de una guerra, rojos contra blancos, ciudadanos ambos bandos de un mismo país, de una misma madre patria y regidas ambas partes por las más feroces leyes de la jungla. Una guerra fratricida tan escandalosa y traicionera como sangrienta y devastadora. La misma sangre que circulaba por todas las venas saltaba como un geiser tiñendo de rojo el aire que todos respirábamos de igual mane-



ra, envenenaba el corazón de los contendientes por generaciones y empapaba la tierra que a todos por igual nos daba de comer, como aguas de abril. Pero sus frutos eran amargos, odiosos. Alimentaban el rencor, la venganza, la sed de aniquilar al contrario, de extirparlo de raíz del suelo patrio y no volviera a reproducirse. Todo se hacía con saña depredadora solo propia del hombre, único ser en el universo capaz de infundir en ella lo mejor de su inteligencia para hacer el mayor daño posible. En el nombre de las ideas, del progreso, de la libertad y ¡hasta de Dios! Pobre patria. Pobres nosotros, hijos de aquella maldición. Nunca llegaríamos a crecer normales del todo.

Lo que acababa de ocurrir en el recinto en el que me daban a luz y lo que había de venir fue mi regalo de bienvenida a este mundo, a esta vida. Ninguno de los dos podría yo ver jamás como el jardín de las delicias en el que mereciera la pena estar, vivir, darse a él en cuerpo y alma ni como fuente de los placeres sin par que uno recogiera sin escrúpulos y los libara hasta la saciedad.

Se oye el silbido antes de que cayera y estallara. Cuando reventó hizo añicos el edificio que se desmoronó sembrando el caos descrito y enterrando quién sabe cuántos seres bajo el fragor infernal propio de un terremoto abriéndose paso a través de las entrañas de la tierra. El obús había caído en el centro del hospital y arrancado de raíz los cimientos del edificio y se vino abajo completamente destripado. En esta cuna se mece mi primera infancia, bajo el palio de la metralla.

Casi todos los días hay explosiones en alguna parte; escuadrillas de aviones, como grandes bandada de cuervos gigantes, surcan el cielo sobre nuestras cabezas eclipsando el sol. Se los oye venir mucho antes de ser vistos por el zumbido enajenante cargado de malignidad que los precede y que se hace fragor cuando pasan por encima. Quieren saltar mis oídos como si los quisieran trepa-



nar. Suenan los gemidos estridentes, inacabables de las sirenas, un quejido que se alarga penetrante y amenaza con volverte loco. Mamá corre conmigo en brazos, sollozando y nos escondemos bajo tierra, al final de unas escaleras que bajamos a toda prisa, una especie de cueva subterránea sin apenas luz ni aire, sin ventanas, húmeda, donde nos apelmazamos como engrudo, más gente de la que cabe. Sólo un par de bombillas dan luz al pequeño espacio. Un ominoso silbido galopante se acerca por encima de nuestras cabezas como si quisiera penetrar en la caverna. El súbito estrépito de la explosión hace temblar las paredes de nuestro refugio, las bombillas se balancean como en péndulo hasta tocar el techo en cada uno de sus vaivenes. Otro obús no muy lejos de nuestro encierro. Hombres y casas habrán saltado por los aires hechos pedazos. Luego, el silencio. La escuadrilla habrá pasado dejando su infierno en alguna parte de la ciudad. Podemos salir de nuevo. Allá lejos por donde desaparecen los aviones, del horizonte nos llegan explosiones apagadas, cernidas por la distancia. La flotilla habrá cumplido su misión letal. Delante de nosotros una gallina sin cabeza cruza despaavorida la calle, guillotizada por una bala o algún trozo de metralla. Se derrumba al llegar a la acera de enfrente como un saco de plumas pintas. Esta imagen la he llevado grabada a fuego en la niña de mis ojos todos los días acumulados en mis años. Estoy seguro de que si me quedara ciego la seguiría viendo pues está, yo no se cómo, más allá, muy hondo en alguna parte detrás de mis ojos, donde sus raíces se pierden en el infinito.

Mi padre no había hecho la guerra. Se la pasó escondido en algún lugar cuyo nombre nadie nos dijo ni nosotros quisimos averiguar. Estábamos bien sin él. Fue un tiempo de paz en medio de la guerra. Como habíamos quedado en la zona blanca a la hora de comenzar la contienda, el



frente se fue alejando de nosotros. Sólo nos tocaron los primeros ataques del ejército rojo pero que casi nos cuestan la vida. Sin embargo, pronto empezaron a escasear los alimentos y fueron drásticamente racionados. A mamá le dieron un librito del que arrancaba un pedacito cuadrado por cada producto que compraba y pagaba con él. Al principio vino a vernos algunas veces, muy pocas en realidad, siempre cuando la noche estaba bien cerrada y se marchaba antes de que las primeras luces del alba empezaran a sacar formas de las tinieblas. Tenía miedo hasta de sus amigos de parranda. La traición acechaba en las junturas de las puertas y entre las copas de vino que se trasegaban con ellos. Pero dejó de venir terciada la guerra. Tardó mucho tiempo en volver a aparecer después de que se hubiera terminado todo con la victoria de los blancos y el resentimiento de los rojos. Fue un día al atardecer. De pronto, allí estaba él en medio de la puerta, flaco como un espárrago, macilento, con ojeras de largas noches sin dormir, sucio y desarrapado. Un hatillo le colgaba de la mano. Mamá se acercó .a él y le besó en las mejillas.

—¿De dónde sales? — le preguntó mi madre con los ojos espantados cogiéndole de un brazo y llevándolo a la mesa del comedor.— Supongo, por lo que veo, que tendrás hambre. ¿Quieres algo de comer o prefieres darte un baño antes y ponerte limpio?

—Deja que me bañe y me cambie primero. No he visto el agua en más de un año. Y, si, muero de hambre. Alguien dio el soplo sobre mí y acabé en un maldito calabozo hasta hoy. Pero ya me ocuparé de ese cabrón tan pronto como me haya repuesto lo bastante para escarmentarlo.

Estuvo una hora en el baño. Yo creí que se había dormido bajo el agua. Luego bajó a comer ya en su pijama. Parecía resucitado. A mí ni me miró siquiera. Parecía que la cárcel le había amansado un poco o hecho reflexionar porque durante un tiempo fue bastante amable con mi

